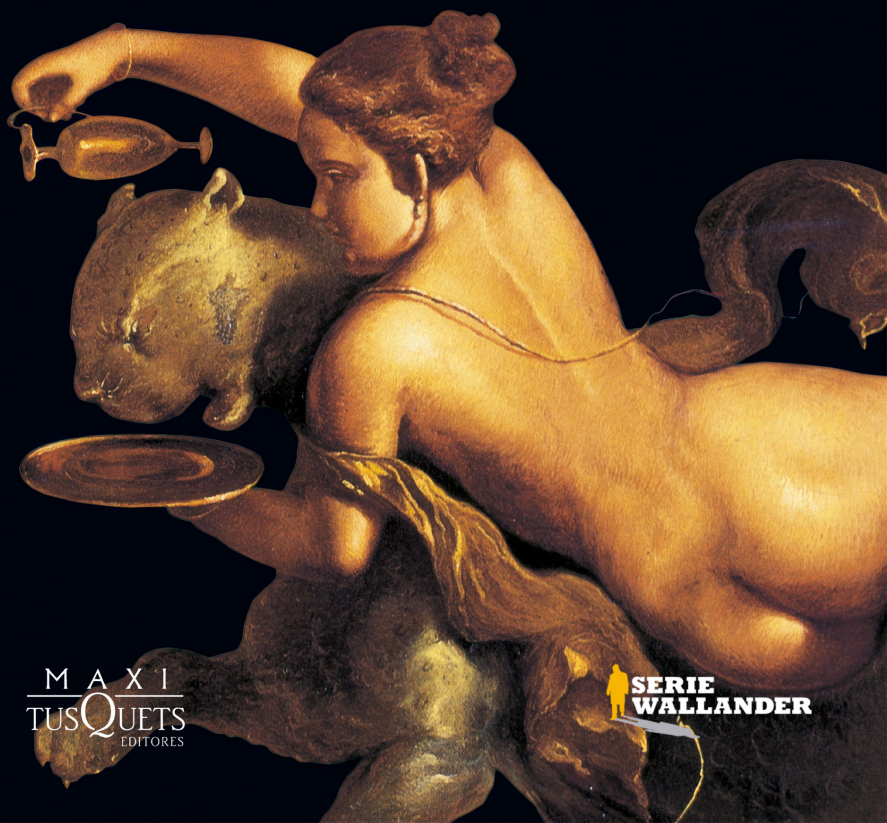


HENNING MANKELL

LA LEONA BLANCA



MAXI
TUSQUETS
EDITORES

 SERIE
WALLANDER

HENNING MANKELL
LA LEONA BLANCA

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano

Prólogo Sudáfrica, 1918

Hacia el anochecer del 21 de abril de 1918, tres hombres se reunieron en un modesto café del barrio de Kensington, en Johannesburgo. Los tres eran jóvenes. El menor de ellos, Werner Van der Merwe, acababa de cumplir diecinueve años. El mayor, Henning Klopper, contaba veintidós. El tercer hombre de la reunión, que se llamaba Hans du Plessis, cumpliría veintiuno en unas semanas. Precisamente aquel día habían decidido preparar su fiesta de cumpleaños y ninguno de los tres había imaginado ni albergado la menor idea de que su encuentro en aquel café de Kensington pudiese cobrar significado histórico. Pese a todo, el asunto del cumpleaños de Hans du Plessis nunca llegó a tratarse aquella noche y ni siquiera Henning Klopper, que fue el promotor de una propuesta que a la larga cambiaría toda la sociedad sudafricana, podía figurarse el alcance o las consecuencias de sus propias reflexiones inconclusas.

Eran, pues, tres hombres jóvenes, de talante diverso y con temperamento y rasgos de carácter bien distintos, aunque tenían algo en común, un rasgo del todo decisivo: los tres eran *boere*. Los tres pertenecían a familias distinguidas que habían llegado a Sudáfrica durante una de las tres primeras oleadas de inmigrantes, de hugonotes holandeses sin hogar, allá por el año 1680. Al crecer en Sudáfrica la influencia anglosajona, que terminaría por imponerse bajo la forma de clara opresión, los bóers emprendieron su largo peregrinar hacia el interior del país, hacia las inmensas llanuras de Transvaal y de Orange, en carros tirados por bueyes.

Según el sentir de aquellos tres jóvenes, al igual que el de todos los *boere*, la libertad y la independencia eran condiciones indispensables para que su lengua y su cultura no sucumbieran, pues la libertad garantizaba el que no se produjesen fusiones no deseadas con la odiada población inglesa, y menos aún ninguna mezcla con los negros que poblaban el país, o con la minoría hindú que vivía del comercio en ciudades costeras como Durban, Port Elizabeth y Ciudad del Cabo.

Así pues, Henning Klopper, Werner Van der Merwe y Hans du Plessis eran *boere*, una condición que jamás podían olvidar o ignorar y, muy especialmente, una condición de la que se sentían orgullosos, pues desde su más tierna infancia se les había inculcado que ellos constituían un pueblo elegido. Sin embargo, esto no eran más que evidencias que apenas se detenían a comentar cuando se encontraban a diario en el pequeño café, una especie de requisito que simplemente existía como razón de ser de su amistad, su grado de intimidad, sus ideas y sentimientos.

Puesto que los tres trabajaban como oficinistas en la Compañía Ferroviaria Sudafricana, se acercaban juntos tras la jornada laboral hasta aquel café en el que, por lo general, hablaban de mujeres, de los sueños de futuro o de la gran guerra que acababa de terminar en Europa. Aquel día, no obstante, Henning Klopper se hallaba sumido en reflexivo silencio. Los otros dos lo miraban con curiosidad, acostumbrados como estaban a que fuese él, precisamente, el más hablador de los tres.

—¿Estás enfermo? —preguntó Hans du Plessis—. ¿Tienes malaria?

Henning Klopper negó con un gesto ausente, sin replicar palabra.

Hans du Plessis se encogió de hombros y se volvió hacia Werner Van der Merwe.

—Está pensando —afirmó éste—. Medita sobre cómo aumentar su salario de cuatro a seis libras al mes este mismo año.

Éste era, en efecto, uno de sus temas de conversación recurrentes, cómo convencer a sus jefes, siempre reacios, de que les subiesen el escaso sueldo. Ninguno de ellos tenía la menor duda de que su carrera en la Compañía Ferroviaria Sudafricana los conduciría con el tiempo a ocupar diversos puestos de relieve. Los tres estaban equipados con una buena dosis de autoestima, eran inteligentes y estaban llenos de energía. Su único problema consistía en el hecho de que, según su firme opinión, aquel ascenso se producía con una lentitud insufrible.

Henning Klopper alargó el brazo en busca de su taza de café, tomó un sorbo y comprobó con las yemas de los dedos que el alto cuello blanco de su camisa estaba en su sitio, antes de mesarse lentamente el cabello, bien peinado con raya en medio.

—Voy a contaros algo que ocurrió hace cuarenta años —aclaró despacio.

Werner Van der Merwe frunció el ceño tras sus gafas sin montura.

—Eres demasiado joven, Henning Klopper —repuso—. Deberías tener dieciocho años más para poder acordarte de algo de hace cuarenta.

Henning Klopper negó con la cabeza.

—No es un recuerdo mío —replicó—. Ni se trata de mí, o de mi familia, sino de un sargento inglés llamado George Stratton.

Hans du Plessis interrumpió un intento de encender su cigarro puro.

—¿Desde cuándo te interesan los ingleses? —preguntó—. Un inglés bueno es un inglés muerto, ya se trate de un sargento, de un político o de un intendente de minas.

—Este inglés está muerto —lo tranquilizó Henning Klopper—. El sargento George Stratton está muerto, así que no tienes que preocuparte por eso, pues justamente quiero hablaros acerca de su muerte, hace cuarenta años.

Hans du Plessis hizo ademán de proferir una nueva objeción

pero Werner Van der Merwe lo detuvo pasando sobre su hombro una mano rápida.

—Espera —rogó—. Deja que Henning continúe.

Henning Klopper dio otro trago a su café y se limpió con pulcritud la boca y el fino bigote rubio en la servilleta.

—Ocurrió en abril de 1878 —comenzó—. Durante la guerra británica contra la insurrección de las tribus africanas.

—Esa guerra que perdieron —rememoró Hans du Plessis—. Sólo los ingleses pueden perder la guerra contra un puñado de bárbaros. En Isandlwana y Rorke's Drift la armada inglesa mostró para qué vale en realidad: para quedar aplastada por los salvajes.

—Déjalo que continúe —se impacientó Werner Van der Merwe—. No interrumpas constantemente.

—Lo que voy a contaros sucedió cerca de Buffalo River —prosiguió Henning Klopper—. El río que los autóctonos llaman Gongqo. La compañía destinada en Mounted Rifles, de la que era responsable Stratton, había establecido su campamento y tomado posiciones en campo abierto junto al río. Ante ellos se alzaba un macizo montañoso cuyo nombre no recuerdo detrás del cual los aguardaba un grupo de guerreros xhosa. No eran muchos y tampoco estaban muy bien armados. Los soldados de Stratton no tenían por qué preocuparse. Unos exploradores que habían sido enviados para estudiar la situación les aseguraron que el ejército xhosa no estaba organizado y que más bien parecía estar preparando una retirada. Por si fuera poco, Stratton y sus oficiales esperaban refuerzos de, al menos, un batallón más durante el día. De repente, y contra todo pronóstico, ocurrió algo extraño con el sargento Stratton, quien, por lo demás, tenía fama de no perder nunca el temple. Empezó a dar vueltas y a despedirse de sus soldados y no parecía, a decir de cuantos lo vieron, sino que le hubiese sobrevenido una fiebre súbita. Acto seguido, sacó su pistola y se pegó un tiro en la cabeza, ante sus soldados. Tenía vein-

tiséis años cuando murió en Buffalo River y era, por tanto, cuatro años mayor que yo.

Henning Klopper guardó silencio de improviso, como si el final de la historia le hubiese sorprendido también a él. Hans du Plessis expulsó el humo de su cigarro puro en actitud de espera. Werner Van der Merwe, por su parte, chasqueó los dedos para llamar al camarero negro, que estaba limpiando una mesa en el extremo opuesto del local.

—¿Eso es todo? —inquirió Hans du Plessis.

—Así es —repuso Henning Klopper—. ¿No te parece suficiente?

—Yo creo que necesitamos más café —sugirió Werner Van der Merwe.

El camarero negro, que renqueaba de una pierna, tomó nota del pedido y desapareció por la puerta giratoria hacia el interior de la cocina.

—¿Por qué razón nos has relatado semejante historia? —quiso saber Hans du Plessis—. ¿Un sargento inglés que cae víctima de una insolación y se pega un tiro?

Henning Klopper observaba a sus amigos lleno de asombro.

—¿No comprendéis? —preguntó—. ¿De verdad que no lo entendéis?

Su asombro era auténtico, sin teatralidad ni fingimiento. El día que él, por pura casualidad, leyó la historia de la muerte del sargento Stratton en un periódico viejo que encontró en su casa, enseguida se le ocurrió pensar que, en realidad, estaba relacionada con él mismo, como si en el destino del sargento inglés pudiese ver, en cierta medida, el suyo propio. Aquella idea lo llenó en un principio de desconcierto, pues parecía bastante inverosímil. ¿Qué podían tener en común él y un sargento del Ejército inglés que, sin ningún género de duda, había sufrido un ataque de locura antes de dirigir el cañón de su revólver contra su propia sien y apretar el gatillo?

En el fondo, no había sido la descripción del destino del sar-

gento lo que había llamado su atención, sino más bien las últimas líneas del artículo en las que se narraba cómo un soldado raso, testigo presencial de los hechos, había revelado mucho después que el sargento, durante aquel día postrero de su vida, anduvo murmurando sin cesar, como para sí mismo, una y otra vez, las mismas palabras, al igual que se pronuncia un conjuro: «El suicidio, antes que caer con vida en manos de los guerreros xhosa».

Precisamente de aquel modo interpretaba Henning Klopper su propia condición de bóer en una Sudáfrica cada vez más subyugada por el dominio inglés, como si se hubiese dado cuenta de que él se hallaba ante la misma elección que Stratton.

«La sumisión», pensaba, «nada puede ser peor que verse obligado a vivir bajo circunstancias que escapen al propio control. Toda mi familia, todo mi pueblo se encuentra sometido a las leyes inglesas, al abuso inglés, al desprecio inglés. Por doquier se halla nuestra cultura expuesta al odio y a la difamación organizada. Los ingleses intentarán destrozarnos de forma sistemática. El mayor peligro de la sumisión es que llegue a convertirse en costumbre, en resignación que se filtra como un veneno paralizante en nuestras venas, acaso sin que uno mismo lo perciba. Es entonces cuando la sumisión alcanza el grado de perfección, cuando el último reducto ha caído y la conciencia se enturbia para acabar extinguiéndose paulatinamente».

Hasta aquel día, nunca había manifestado sus reflexiones a Hans du Plessis ni a Werner Van der Merwe, pese a haber notado que éstos, en sus conversaciones acerca de los atropellos cometidos por los ingleses, se entregaban cada vez con más frecuencia a comentarios llenos de amargura e ironía. Sin embargo, el natural sentimiento de ira, aquel que un día obligó a su propio padre a participar en la guerra contra los ingleses, brillaba por su ausencia.

El temor lo embargaba ante aquella constatación. ¿Quién opondría resistencia a los ingleses en el futuro, si su propia gene-

ración no lo hacía? ¿Quién defendería los derechos de los bóers, si él mismo o Hans du Plessis o Werner Van der Merwe no lo hacían?

La historia del sargento Stratton le hizo ver claro algo de lo que él ya tenía perfecta conciencia, una conciencia que no podría seguir esquivando.

«Antes el suicidio que la sumisión y, puesto que estoy resuelto a vivir, serán las causas de la sumisión lo que haya que condenar al exterminio.»

Así de sencillas y de difíciles, y así de inequívocas eran las alternativas.

Era incapaz de explicarse a sí mismo por qué había elegido aquel día para hablarles a sus amigos del sargento Stratton, simplemente pensó que no podía demorarse por más tiempo. Había llegado el momento, no era posible que siguieran dedicándose exclusivamente a sus sueños de futuro y a organizar celebraciones de cumpleaños las tardes y las noches que pasaban en su café habitual. Había algo más importante que todo aquello, algo que se presentaba como una condición indispensable para el futuro en términos generales. Los ingleses que no se encontraran a gusto en Sudáfrica podían regresar a su patria, o buscarse otros cargos en el, a todas luces, infinito Imperio británico. Para Henning Klopper, al igual que para otros *boere*, no existía nada fuera de aquel país. Un día, hacía ya casi doscientos cincuenta años, habían quemado los puentes que dejaron tras de sí, habían abandonado las persecuciones religiosas y hallado en Sudáfrica el paraíso perdido. Las privaciones sufridas les habían hecho sentirse un pueblo elegido que encontraría su porvenir aquí, en el extremo sur del continente africano. El porvenir o bien la sumisión, que implicaba una aniquilación prolongada pero inexorable.

El viejo camarero se acercó renqueando con el café en una bandeja. Con manos torpes retiró las tazas vacías de la mesa an-

tes de poner sobre ella otras limpias junto con una cafetera. Henning Klopper encendió un cigarrillo y observó a sus amigos.

—¿No lo entendéis? —insistió—. ¿No veis que nos hallamos ante el mismo dilema que el sargento Stratton?

Werner Van der Merwe se quitó las gafas y se dispuso a limpiarlas con un pañuelo.

—Tengo que verte con claridad, Henning Klopper —dijo—. He de asegurarme de que eres tú, en verdad, quien ocupa el asiento que hay frente a mí.

Klopper se sintió irritado de pronto. «¿Por qué no podían comprender lo que les quería decir? ¿Era posible que fuese el único que pensaba de aquel modo?»

—¿No veis lo que ocurre a nuestro alrededor? Si no estamos dispuestos a defender el propio derecho a ser *boere*, ¿quién lo hará por nosotros? ¿Acaso hemos de presenciar impasibles cómo nuestro pueblo queda tan humillado y debilitado que su única salida consista en hacer lo mismo que George Stratton?

Werner Van der Merwe meneó la cabeza despacio. Henning Klopper creyó advertir un mal disimulado tono de disculpa en su respuesta.

—Perdimos la gran guerra —le recordó—. Somos demasiado pocos y hemos permitido que los ingleses sean demasiados en este país que fue nuestro en su día. Nos vemos obligados a vivir en una especie de comunidad junto con los ingleses y cualquier otra solución es impensable. Somos muy pocos, y lo seguiremos siendo aunque nuestras mujeres no hiciesen otra cosa que tener hijos.

—No se trata de ser suficientes en número —insistió Klopper indignado—. Se trata de tener creencias, de sentir responsabilidad.

—Bueno, no se trata sólo de eso —repuso Van der Merwe—. Ahora empiezo a comprender la intención de tu historia y creo que tienes razón. Incluso yo necesito que me recuerden quién soy. Sin embargo, también soy de la opinión de que eres un so-

ñador, Henning Klopper. La realidad es la que es y ni siquiera tus sargentos muertos pueden cambiarla.

Hans du Plessis escuchaba atento mientras fumaba su puro, que, en este punto de la conversación, dejó en el cenicero al tiempo que observaba a Henning Klopper.

—Tú tienes algún plan —concluyó—. ¿Qué se te ocurre que hagamos? ¿Como los comunistas en Rusia? ¿Quieres que nos armemos hasta los dientes y nos refugiamos en el Monte del Dragón, como partisanos? Me parece que olvidas que los ingleses no son los únicos habitantes demasiado numerosos de este país, sino que la gran amenaza contra nuestro modo de vida procede de los nativos, de los negros.

—Ellos nunca llegarán a significar nada —sentenció Henning Klopper—. Son tan inferiores a nosotros que siempre harán lo que les digamos y pensarán lo que les indiquemos. El futuro consiste en la lucha entre nosotros y la influencia inglesa, y nada más.

Hans du Plessis terminó de beber su café y llamó al viejo camarero, que aguardaba inmóvil junto a la puerta de la cocina. Eran los únicos clientes del café, excepción hecha de algunos hombres de edad que se hallaban inmersos en una prolongada partida de ajedrez.

—No has contestado a mi pregunta —replicó Hans du Plessis—. ¿Es o no cierto que tienes un plan?

—A Henning siempre se le ocurren buenas ideas —afirmó Werner Van der Merwe—. Ya se trate de mejorar la planificación de nuevos tramos de vía de la Compañía Ferroviaria Sudafricana o de cortejar a mujeres hermosas.

—Tal vez —admitió Henning Klopper sonriente. Tenía la sensación de que sus amigos habían empezado a prestarle atención. Pese a que sus ideas estaban inconclusas y eran vagas, sentía deseos de revelar aquello sobre lo que había estado reflexionando durante tanto tiempo.

El viejo camarero llegó hasta ellos.

—Tres copas de oporto —ordenó Hans du Plessis—. No me hace la menor gracia beber un vino tan del gusto de los ingleses, pero no deja de ser un vino que se produce en Portugal.

—Los ingleses son dueños de muchas de las mayores destilerías de oporto portuguesas —objetó Werner Van der Merwe—. Están por todas partes, esos malditos ingleses, ien todas partes!

El camarero había empezado a despejar la mesa retirando las tazas de café. Cuando Werner Van der Merwe mencionó a los ingleses, el hombre dio sin querer un empujón a la mesa de modo que la jarra de crema se volcó y salpicó la camisa de aquél. Un denso silencio se adueñó del local. Werner Van der Merwe observó al camarero. Se levantó de un salto, agarró al anciano por la oreja y lo zarandó con violencia.

—¡Me has salpicado de crema la camisa! —rugió.

Después, propinó al camarero una bofetada. El hombre retrocedió impulsado por el fuerte golpe pero no pronunció palabra, sino que se apresuró hacia la cocina en busca del oporto.

Acto seguido, tomó asiento de nuevo y se limpió la camisa con un pañuelo.

—África podría haber sido un paraíso —aseguró— si los ingleses no hubiesen existido y no hubiese más nativos de los necesarios.

—Nosotros vamos a hacer de Sudáfrica un paraíso —afirmó Klopper—. Vamos a convertirnos en hombres destacados de la industria ferroviaria, pero también llegaremos a ser *boere* eminentes, pues les recordaremos a todos los jóvenes de nuestra generación lo que se espera de nosotros. Debemos restaurar nuestro propio orgullo, de modo que los ingleses se den cuenta de que nosotros nunca nos sometemos, que no somos como George Stratton, que no tenemos intención de huir.

Se interrumpió mientras el camarero depositaba sobre la mesa tres copas y media botella de oporto.

—No te has disculpado, *kaffir* —dijo Werner Van der Merwe.

—Le ruego que perdone mi torpeza —contestó en inglés el camarero.

—Pronto aprenderás a hablar afrikaans —sentenció Van der Merwe—. Todo *kaffir* que hable inglés será llamado a un consejo de guerra y fusilado como un perro. Y ahora vete de aquí. ¡Lárgate!

—Permitámosle que nos invite al oporto —sugirió Hans du Plessis—. Después de todo, te manchó la camisa, así que es de justicia que pague el vino con su salario.

Werner Van der Merwe asintió.

—¿Has comprendido, *kaffir*?

—Por supuesto que pagaré el vino —prometió el camarero.

—«Con mucho gusto» —añadió Van der Merwe.

—Pagaré el vino con mucho gusto —repitió el camarero.

Una vez que el hombre se hubo marchado, Henning Klopper retomó su intervención donde la había interrumpido. El incidente con el camarero había caído ya en el olvido.

—Estaba pensando que podríamos formar una asociación —prosiguió—. O tal vez un club pero, por supuesto, sólo para *boere*, en el que intercambiar opiniones y aprender más acerca de nuestra propia historia. Un club en el que nunca se permita hablar inglés, sino tan sólo nuestra propia lengua; un lugar en el que cantar nuestras propias canciones, leer a nuestros propios escritores y comer nuestros platos típicos. Si empezamos aquí en Kensington, en Johannesburgo, quizá se extienda la práctica a Pretoria, Bloemfontein, King William's Town, Pietermaritzburg, Ciudad del Cabo..., por todas partes. Lo que necesitamos es una movilización, como una advertencia de que los *boere* nunca se dejarán someter, que nunca consentirán que su espíritu resulte vencido, aunque el cuerpo muera. Estoy convencido de que no son pocos los que esperan que esto suceda.

—Es una idea excelente —admitió Hans du Plessis—. Sólo espero que nos quede tiempo para salir con mujeres hermosas de vez en cuando.

—Por supuesto que sí —lo tranquilizó Henning Klopper—. Nada cambiará, salvo el hecho de que añadiremos a nuestras vidas una dimensión que habíamos estado reprimiendo y que les dará un nuevo sentido.

A oídos de Henning Klopper aquellas palabras resultaron altisonantes, quizás incluso patéticas pero, en aquel momento, le pareció del todo adecuado que así fuera, puesto que dichas palabras representaban grandes pensamientos, decisivos para el futuro de todo el pueblo bóer. ¿Por qué no había de ser apropiado resultar altisonante en tales circunstancias?

—¿Has pensado si las mujeres podrán pertenecer a la asociación? —inquirió Werner Van der Merwe.

Henning Klopper negó con la cabeza.

—Esto es sólo para hombres. No habrá mujeres en nuestras reuniones. Sería ajeno a nuestra tradición.

Acogieron aquellas palabras con un brindis y Henning Klopper se dio cuenta de pronto de que sus dos amigos se comportaban ya como si la intención de recuperar parte de lo que habían perdido en aquella guerra, concluida hacía dieciséis años, hubiese sido en realidad idea suya. Este hecho no lo irritó, antes al contrario, se sintió aliviado ya que eso indicaba que no había estado desacertado en sus razonamientos.

—¿Y el nombre? —quiso saber Hans du Plessis—. Unos estatutos, normas de elección, formas de reunión... Seguro que ya lo tienes preparado.

—Es demasiado pronto —lo frenó Henning Klopper—. Hemos de ser cautos. Precisamente ahora, cuando más urgente resulta recuperar la autoestima de los bóers, es importante tener paciencia. Si nos apresuramos, corremos el riesgo de fracasar y eso es algo que no podemos permitirnos. Una asociación de jóvenes *boere* despertará las iras de los ingleses, que harán lo imposible por entorpecer nuestro camino, por estorbarnos y amenazarnos. Debemos estar bien pertrechados, por lo que se me antoja más acertado

determinar hoy que tomaremos una decisión concreta dentro de, digamos, tres meses. Durante ese tiempo seguiremos nuestras conversaciones diarias aquí en el café. Empezaremos por invitar a los amigos a que se sumen a nuestras charlas para saber qué opinan pero, sobre todo, debemos indagar en nuestro interior y preguntarnos si vamos a ser capaces de llevar a término esta empresa y si estamos dispuestos a sacrificarnos por nuestro pueblo.

Henning Klopper guardó silencio, al tiempo que recorría con su mirada los rostros de los dos amigos.

—Empieza a hacerse tarde —dijo concluyente—. Tengo hambre y quisiera irme a casa a cenar. Continuaremos nuestra conversación mañana. Brindemos por el sargento George Stratton —propuso—. Mostraremos la fuerza invencible de los bóers brindando por un inglés muerto.

Los otros dos se pusieron en pie y alzaron sus copas.

En la sombra, junto a la puerta de la cocina, el viejo africano permanecía de pie observando a los tres jóvenes. El intenso dolor por la injusticia de que había sido objeto le bombeaba la cabeza, aunque bien sabía él que pasaría pronto o que, al menos, descendería a las profundidades de aquella suerte de olvido que terminaba por adormecer todo pesar. Al día siguiente, volvería a servirles el café a aquellos tres jóvenes.

Unos meses más tarde, el 5 de junio de 1918, Henning Klopper, junto con Hans du Plessis, Werner Van der Merwe y un grupo de amigos, fundó una asociación a la que habían decidido llamar «La Joven Sudáfrica».

Cuando, años después, el número de miembros había crecido ya de forma considerable, Henning Klopper propuso que la asociación pasara a denominarse «Broederbond», la Hermandad. No era ya exclusiva para menores de veinticinco años, aunque las mujeres seguían sin poder pertenecer a ella.

Con todo, el cambio más importante se produjo la tarde del 26 de agosto de 1921, en una sala de reuniones del hotel Carlton, en Johannesburgo. En efecto, en aquella reunión se tomó la decisión de que la Hermandad se convirtiese en una asociación secreta, con ritual iniciático y exigencia de lealtad inquebrantable de los miembros hacia el principal objetivo de la agrupación, que no era otro que defender a los bóers, salvaguardar los derechos del pueblo elegido en Sudáfrica, que era su patria, sobre la que un día gobernarían con poder absoluto. La Hermandad avanzaría en silencio; sus miembros actuarían sin evidenciar su presencia.

Treinta años más tarde, el poder de la Hermandad sobre los sectores más importantes de la sociedad sudafricana era casi absoluto. Nadie podía ser elegido presidente en el país sin ser miembro de la Hermandad o sin contar con su bendición. Nadie podía formar parte de un gobierno, como tampoco era posible que nadie alcanzase un puesto destacado en la sociedad sin que la Hermandad respaldase el nombramiento o el ascenso. Sacerdotes, jueces, catedráticos, propietarios de periódicos, hombres de negocios..., cuantos tenían posiciones influyentes o de poder eran miembros de la Hermandad; todos le habían jurado lealtad y prometido silencio ante el gran cometido que constituía la protección del pueblo elegido.

Sin esta asociación, las leyes del *apartheid*, promulgadas en 1948, nunca se habrían hecho realidad. De hecho, el presidente Jan Smuts y su partido United Party no albergaban la menor duda de ello pues, con el apoyo de la Hermandad, la distinción entre las, en su opinión, razas inferiores y los blancos dominantes podría regularse mediante un sistema feroz de leyes y preceptos capaces de garantizar, de forma definitiva, que Sudáfrica experimentase el tipo de desarrollo que los bóers deseaban. Aquello fue, sin duda, el origen de todo lo que ocurrió después.

En el año 1968, la Hermandad celebró en secreto su quincuagésimo aniversario. Henning Klopper, único superviviente de los fundadores de 1918, pronunció con este motivo un discurso que concluyó con las siguientes palabras: «¿Somos capaces de entender de verdad, en el abismo de nuestras conciencias, qué fuerzas inauditas se hallan aquí reunidas esta tarde? ¡Que alguien me indique el nombre de una organización de más supremacía en toda África! ¡O el nombre de una organización de más supremacía en todo el mundo!».

Hacia finales de 1970, disminuyó el poder de la Hermandad de forma drástica en el escenario político de Sudáfrica. La anatomía del *apartheid*, basada en la opresión sistemática de los negros y demás habitantes de otras razas del país, había empezado a descomponerse a causa de su propia inconsistencia congénita. Los blancos liberales no querían o, simplemente, no soportaban ya ver cómo la catástrofe se aproximaba sin manifestar sus protestas.

Y, lo más importante, la mayoría negra estaba, a esas alturas, colmada. La crueldad del *apartheid* había sobrepasado ya los límites con creces. Los movimientos de resistencia crecían y se fortalecían, y el momento de la confrontación avanzaba inexorable.

Pese a todo, el pueblo elegido nunca se sometería. Antes la muerte, que sentarse a una mesa a compartir la comida con un africano o con un hombre de color: ése era su punto de partida. El fanático mensaje no se había debilitado al disminuir el influjo de la Hermandad.

Más tarde, en 1990, Nelson Mandela fue puesto en libertad después de haber pasado casi treinta años como preso político en Robben Island.

El mundo entero estaba exultante mientras muchos *boere* interpretaban la liberación de Nelson Mandela como una declaración de guerra solapada pero indiscutible. El presidente De Klerk fue tachado de traidor, merecedor del odio de los suyos.

En el más absoluto secreto, un grupo de hombres resueltos a asumir la responsabilidad del futuro de los bóers celebraron en aquellos días una reunión. Eran hombres implacables, convencidos de que la misión les había sido encomendada por el mismo Dios. Nunca claudicarían, ni tenían intención de reaccionar como el sargento George Stratton.

Estaban dispuestos a defender unos derechos que se les antojaban sagrados por todos los medios a su alcance.

Celebraron aquella reunión en secreto, y en ella tomaron una decisión. Provocarían una guerra civil cuyo único desenlace posible no podría ser otro que un baño de sangre devastador.

Aquel mismo año murió, a la edad de noventa y cuatro años, Henning Klopper. Durante el último periodo de su vida había padecido ensoñaciones en las que creía fundirse con la persona del sargento George Stratton y, siempre que, en sus sueños, apuntaba la boca de la pistola contra su propia sien, se despertaba en la oscuridad del dormitorio bañado en un sudor frío. Pese a que era ya anciano y hacía tiempo que no se preocupaba por seguir los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor, tenía perfecta conciencia de que se avecinaba una nueva era, en la que él nunca se sentiría a gusto. Allí tumbado, despierto en la oscuridad, intentaba imaginarse cómo sería el futuro. Éste era, como la os-

curidad, impenetrable, por lo que a menudo se sentía invadido por una gran zozobra. Como en un sueño lejano, se veía a sí mismo con Hans du Plessis y Werner Van der Merwe, sentado en el pequeño café de Kensington, y oía sus propias palabras acerca de su grado de responsabilidad sobre el porvenir de los bóers.

«En algún lugar, también hoy, hombres en plena juventud, jóvenes bóers, se reúnen a la mesa de algún café para conversar acerca de cómo conquistar y defender el futuro. El pueblo elegido nunca se someterá ni se abandonará a sí mismo», pensaba.

Pese al desasosiego que a veces lo inundaba en las oscuras noches de su alcoba, Henning Klopper murió en la certeza de que sus sucesores nunca actuarían como el sargento George Stratton, en el cauce del río Gongqo, aquel día de abril de 1878.

El pueblo bóer nunca se rendiría.